

# Junto a la fogata

El chasquido de la madera ardiendo se mezclaba con el canto nocturno de los insectos. Las estrellas impregnaban el firmamento, acompañadas por el semicírculo de la luna, y alguna que otra nube.

En torno al fuego, estaban tres personas. Hasta el día anterior, ninguno se conocía de nada, pero los azares del destino quisieron que se cruzaran la tarde de ese mismo día, en el nacimiento del Bosque Autréo. Aunque provenían de direcciones diferentes, los tres acordaron dirigirse al este, donde se hallaba la ciudad de Fanaiba.

El más grande de ellos, Tanuk, se encontraba en ese momento acuclillado junto al fuego, revisando el estado del animal que había cazado esa tarde, un lumin pequeño. *Se nota que estamos cerca de Fanaiba—dijo para sus adentros—. No en vano se la llama “la capital de la carne”. Seguramente este pequeño se perdió al pastorear con su rebaño, se sumergió en el bosque, y se perdió. Mala suerte para él, suerte para nosotros.*

Atravesó la carne con el cuchillo y vio cómo ésta exudaba una escasa pero notoria cantidad de sangre. *Aún le falta* pensó. Como tenía un tamaño importante a pesar de ser una cría, la había dividido en tres, clavando los trozos en ramas que colocó junto a las llamas. Realizó un pequeño cálculo mental antes de desenterrar una de ellas, volviéndola a enterrar unos centímetros más cerca del fuego. Luego, hizo lo opuesto con otra de las ramas, alejándola un par de centímetros. Cuando hubo finalizado, volvió a sentarse en la fresca hierba, jugueteando con el cuchillo entre sus manos.

Según sus propias palabras, Tanuk era “un aventurero”. Un hombre que se dedicaba a recorrer el continente, sin quedarse en el mismo lugar dos veces. A pesar de que le gustaba cazar su propio alimento, había tenido la necesidad de trabajar un par de veces en algunas aldeas y pueblos para ganarse el sustento de una noche. Como únicas posesiones, tenía un pequeño talego de cuero, el cual llevaba colgado sobre su hombro, y el cuchillo que ahora tenía entre las manos.

El segundo de ellos, Jiro, era un mercader ambulante. De una constitución espigada, flaco por donde se lo mire y una larga cara donde sus ojeras era lo primero que llamaba la atención. Sin embargo, tenía la suficiente fuerza para cargar consigo un arcón de considerable tamaño, en el cual guardaba su mercadería. De los tres, él era el único que se dirigía a Fanaiba desde un principio, ya que su arcón estaba lleno de cuchillos y objetos para el mantenimiento de los mismos, como piedras para afilar, chairas y asentadores. Sus compañeros, curiosos, le preguntaron por qué no contaba con un animal de carga, ya sea un ridagón o un ragot. Él respondió que tenía, según sus propias palabras “un ragot tan viejo que se movía con la velocidad de un ridagón”. Dijo que murió unos días atrás, y que aún no conseguía el dinero suficiente para agenciarse con uno.

El tercero era un anciano, de andar encorvado, escaso pelo blanco sobre la cabeza, y vestido con harapos. Según sus propias palabras, él no tenía nombre, o más precisamente, lo tuvo alguna vez, pero ahora ya no lo recordaba. La único que portaba consigo era una botella de considerable tamaño, la cual estaba casi llena de viscoso urg. De vez en cuando, le daba esporádicos tragos a la misma.

Justo antes del anochecer, habían llegado al claro donde ahora se encontraban, y acordaron pasar allí la noche. En su trayecto, antes de llegar al claro, se toparon con el tronco podrido de un árbol muerto, y Tanuk arrancó algunas ramas, sabiendo que le serían útiles para el fuego de la noche. Como la oscuridad no era total al momento de llegar al claro y el árbol no se hallaba muy lejos de allí, Tanuk realizó dos viajes más para aprovisionarse bien de madera.

En el ínterin, Jiro había sacado uno de los cuchillos de su arcón y se había dedicado a despellejar al animal con mano torpe, pero realizando un trabajo decente. Le había quedado mucha carne pegada al cuero, y no se atrevió a eviscerarlo.

Para su suerte, no tuvo que hacerlo. Tanuk regresó justo a tiempo para sacarle las entrañas al lumin y dividirlo en tres, encomendándole a Jiro que arrancara tres ramas fuertes de los árboles lindantes para poder cocinarlo.

El anciano miraba todo esto, impasible. Ellos no deseaban que él hiciera algo, por la avanzada edad que aparentaba. Así que sólo se sentó, botella en mano, mirando cómo trabajaban los otros dos.

Unos momentos antes de que el sol se ocultara en el horizonte, Tanuk, quien ya había finalizado con el animal, rebuscó algo en su talego. Finalmente, sacó una especie de hierba blancuzca.

Jiro se sintió realmente intrigado, mientras que el anciano se limitó a levantar una ceja.

–¿Qué es eso? –preguntó el mercader.

Ahora fue Tanuk quien sintió curiosidad.

–¿Cómo puedes ser un mercader ambulante y no saber qué es la hierba tobopa?

–Hierba... ¡Ah, claro! La he oído nombrar un par de veces. ¿No es esa la que utilizan para iluminar en la noche? Me pareció verla en las tabernas y hoteles de algunos pueblos. Perdona, pero siempre la he visto chamuscada.

–Es una maravilla cómo arde. Lo bueno es que hay pastizales donde éstas son una verdadera plaga. ¡Si las vieras en estado salvaje! Crecen que da gusto. Y cuando se seca, arde mejor todavía.

Preparó el suelo para iniciar el fuego. Arrancó las matas de césped, hasta formar un pequeño círculo de tierra. Colocó un montículo de hierba tobopa en el centro, y se dirigió nuevamente a su bolsa, buscando otra cosa. Finalmente, sacó dos rocas que usaba como yesquero. Las golpeó entre sí un par de veces cerca de la hierba, la cual comenzó a arder inmediatamente. Mientras tanto, Jiro ya había cortado tres gruesas ramas, y les había quitado la corteza, dejándolas completamente lisas.

Sin prisa, Tanuk comenzó a acomodar los leños en torno a la hierba. Y, cuando la fogata estuvo lista, no tuvo más que colocar la carne en torno a ésta para empezar a cocinarla.

Para hacer más amena la espera, retomaron la charla que habían comenzado a la tarde.

Tanuk habló sobre algunos de sus viajes, y del gusto que tenía por la comida marítima, especialmente la que se cocina en la ciudad portuaria de Graf, donde los animales que allí se pescan son deliciosos, aunque algunos son muy feos a la vista.

Por su parte, Jiro habló acerca de un par de ocasiones en donde los productos que vendió no fueron “lo suficientemente buenos”, y le valieron la huída varios pueblos.

–Pero bueno, ¿qué se puede esperar cuando le compras algo a un vendedor ambulante? –se justificó.

El anciano no hizo comentario alguno. Sólo se limitó a asentir de vez en cuando y a sonreír cuando algo le causaba gracia.

Y en este punto comenzó la historia. El anciano seguía sentado en el mismo lugar, bebiendo impasiblemente de su botella. Jiro estaba inclinado junto al arcón abierto, organizando la mercadería que planeaba vender al día siguiente. Tanuk continuaba jugueteando con el cuchillo que tenía en las manos.

–Ahora que lo pienso –comentó–, ¿qué hacían ustedes dos en el Bosque Autréo? –al ver la mirada inquisidora de sus acompañantes, se apresuró a aclarar–: Digo... Para Fanaiba ya hay un camino establecido, el cual es mucho menos engorroso que el bosque, y es el que utilizan los mensajeros y viajeros. Y usted, anciano... bueno, no quiero ofender, pero me sorprende ver a alguien de tan avanzada edad vagando en un lugar como éste.

Jiro y el anciano se miraron, como tratando de convenir quién respondería primero. Finalmente, Jiro explicó:

–Ya he ido a Fanaiba por aquí un par de veces. En realidad, si no hubiera sido porque me encontré con ustedes dos, ya hubiera llegado. No me malinterpreten, no estoy diciendo que sean un lastre, pero en circunstancias normales mi paso es más ligero. En el momento en el cual nosotros llegamos a este claro, yo ya estaría ingresando a Fanaiba. Ir por el bosque es un atajo.

Tanuk asintió, dirigiendo su mirada al anciano. Jiro hizo lo mismo.

Éste no respondió inmediatamente, sino que primero le dio otro trago a su botella. Paladeó un par de veces y suspiró pesadamente.

–Podríamos decir, Tanuk, que soy como tú: un aventurero. Vago por estas tierras, y no suelo quedarme demasiado tiempo en un sólo lugar.

Sus interlocutores se miraron de reojo antes de dirigir su vista al anciano.

–Disculpe, ¿pero no está usted muy viejo para recorrer el continente? –preguntó Jiro.

El anciano se limitó a sonreír.

–Viejo es el viento, y todavía sopla.

Tanuk se encogió de hombros y fue a comprobar el estado de la carne. Jiro simplemente se limitó a levantar una ceja, pero no dijo nada, sino que volvió a inclinarse sobre el arcón.

–La carne está lista –anunció Tanuk, disponiéndose a cortar un trozo.

El cuchillo se deslizó sobre la carne, dejando apenas un pequeño rasguño. Tanuk frunció el ceño y se dirigió nuevamente a su bolsa de cuero. Sacó de ella una piedra para afilar y se dispuso a sacarle filo a su cuchillo de forma apresurada, impulsado principalmente por el hambre que sentía.

–Eh –dijo Jiro. Tanuk levantó la vista –¿sólo dispones de esa gastada piedra para tu cuchillo?

–Emm, bueno, sí. ¿Por qué lo preguntas?

En respuesta, Jiro le lanzó algo que Tanuk dejó caer por la sorpresa. Era un trozo de cuero con un asa en cada extremo.

–Es un asentador. Úsalo de vez en cuando. Si tu cuchillo se desafilaba pero el borde filoso no presenta grietas, entonces no es conveniente utilizar una piedra de afilar.

Como Tanuk estaba aún visiblemente confundido, Jiro tuvo la amabilidad y paciencia de explicarle cómo utilizar el asentador. Le tomó más tiempo del que hubiera querido, pero finalmente Tanuk entendió.

Apenas el cuchillo tuvo su filo nuevamente, se dispusieron a cenar. El anciano, por su parte, dijo que no tenía hambre.

–Disculpe que se lo diga, anciano, pero usted es alguien extraño –comentó Tanuk

Esta vez, el comentario le arrancó una carcajada.

–Me lo dicen a menudo. Y lo entiendo –acto seguido, le dio un largo trago a la botella.

Como sólo disponían del agua que tenía Tanuk (puesto que Jiro no planeaba pasar la noche en el bosque), pronto ambos hombres se hallaron sin nada que beber. Lo único que quedaba era la botella del anciano.

Siendo que ninguno de los dos deseaba pedírsela, trataron de masticar lo más lentamente posible. Esperaban que, eventualmente, el anciano fuera quien se las ofreciera.

En un principio, no tuvieron problema, hasta que Jiro tragó demasiado rápido, lo que le hizo toser varias veces y golpearse el pecho con el puño, tratando de hacer que la carne pasara.

–Perdone, anciano –dijo entrecortadamente, mientras tosía–. ¿Sería mucha molestia si le pido un trago de lo que está bebiendo?

Para sorpresa de ambos, el anciano dijo:

–No te lo recomendaría.

–¿Cómo? –Jiro finalmente juntó saliva y terminó de tragar la carne–. ¿Qué quiere decir? –inquirió entre cortos jadeos.

–¿Sabes lo que es esto? –inclinó la botella, y el viscoso líquido se movió ligeramente.

–Pues, sí. Eso es urg, ¿me equivoco?

–No cualquier urg, muchacho. Es urg barato, de esos que se le venden a las tabernas en grandes tambores, y que uno lleva un recipiente para que se lo llenen.

–Ajá... ¿Y?

Tanuk miraba toda la escena en silencio, masticando lentamente su carne.

–Nunca te ha tocado comprar este tipo de urg, ¿verdad?

–Bueno, no soy muy amante de esa bebida en particular, pero la he ingerido un par de veces. ¿Podría explicarme el problema, anciano?

Éste, por su parte, rió. No fue una carcajada, sino una pequeña risilla que irritó un poco a Jiro.

–¿Sabes la proporción exacta de pétalos de flor jumi roja por litro que debe tener el urg?

–¿Qué? No, no lo sé. ¿Medio, uno...?

–Tres –dijo el anciano, levantando la misma cantidad de dedos de su mano derecha–. Si se le llega a agregar aunque sea medio pétalo de más, o un pétalo que sea demasiado grande, la bebida pasa de ser un simple brebaje a un líquido mortal. Un urg mal preparado es un potente veneno.

Jiro miró de reojo a Tanuk, quien seguía sin hacer comentario alguno. Luego, dijo:

–Pero no debería haber problema con ése en particular, anciano –la mezcla de incredulidad con irritación era ya visible en su rostro–. Usted lleva todo el día bebiéndolo, y no le ha pasado nada. Es más, diría que ni siquiera se ha emborrachado.

En anciano se rascó la cabeza. Amagó a decir algo, pero se contuvo. Parecía estar eligiendo cuidadosamente qué palabras pronunciar.

–Escucha lo que voy a decirte, muchacho. Lo que estás a punto de oír es la verdad, porque no tengo motivo para mentirte. Posiblemente pienses que son los delirios de un viejo senil, y tal vez no te falte razón en otras circunstancias. Pero he vivido varias situaciones como ésta antes, y no quiero que termine igual a las otras. ¿Está claro? –Jiro, a falta de palabras, simplemente asintió–. El hecho, muchacho, es que... soy inmortal.

Jiro abrió los ojos con incredulidad. Espió por encima de su hombro, y notó que Tanuk estaba igual que él.

–¿Cómo?

–Lo que oyes. No puedo morir, aunque quiera. Y he bebido suficiente urg a lo largo de mi vida como para saber que éste que tengo entre manos está mal preparado. Si lo bebes, es seguro que morirás. Veo –añadió rápidamente, mirando la cara de su interlocutor– que dudas de mis palabras, y lo entiendo perfectamente. Así que te pido, si eres tan amable, que me alcances uno de los cuchillos de tu arcón, para probarte que lo que digo es verdad.

Jiro miró alternativamente al arcón y al anciano. Pareció dudar un segundo, mas sacudió lentamente la cabeza. Su incredulidad dio paso a la ira.

–Déjelo, anciano. Está bien así –volvió a sentarse, dispuesto a seguir comiendo–. Si no quiere compartir, pudo habérmelo dicho desde el principio.

El anciano, por su parte, se limitó a encogerse de hombros. Miró a Tanuk como si fuera a preguntarle algo, pero desistió casi inmediatamente.

Se mantuvieron en silencio un largo rato. Jiro ahora arrancaba grandes mordiscos de carne y masticaba con rabia contenida. No miraba a ninguno de sus dos acompañantes, sino que tenía la vista perdida en la negrura del bosque.

Como era de esperar, se atragantó repentinamente. Trató de toser y escupir el trozo de comida que se le había atorado en la garganta, mas no pudo. Tanuk intentó ayudarlo, pero fue en vano. Tenía la garganta completamente bloqueada.

Sin dilación, se quitó a Tanuk de encima, quien, por la sorpresa, cayó de espaldas al suelo. Entonces, se acercó al anciano con rapidez y le quitó la botella de las manos. Como éste se resistió, se vio obligado a empujarlo para lograrlo. Entonces, procedió a darle largos tragos, ingiriendo el líquido con desesperación. Tanuk quiso detenerlo, pero ya era demasiado tarde.

Apenas separó la botella de sus labios, escupió al piso un par de veces y limpió su lengua con el dorso de la mano.

–¡No me extraña que te consideres inmortal al beber esto! –vociferó, volviendo a escupir–. Vaya porquería que estás...

No logró terminar la frase. Repentinamente, se quedó estático. La botella se deslizó entre sus dedos e impactó sobre el césped con un ruido sordo. Jiro cayó de espaldas al suelo y comenzó a convulsionar violentamente, emitiendo fuertes estertores, antes de quedar inmóvil para siempre.

Tanuk no supo cómo reaccionar. Cayó de rodillas, mirando incrédulo el escenario que tenía frente a él.

Por su parte, el anciano se levantó del suelo con parsimonia, sacudiéndose el césped que se le había adherido a los harapos. Caminó hasta estar junto al cadáver y recuperó su botella. Parte de su contenido se había derramado sobre el césped.

–Nunca me creen –dijo, apesadumbrado. Parecía estar hablando tanto para sí mismo como para Tanuk–. En parte los entiendo. Piensan que estoy loco, que esto de la inmortalidad es sólo el delirio de un viejo chiflado. Por eso nunca me dejan demostrarlo. ¡Oh, amigo Tanuk! –dijo, mirando al aventurero, cuyos ojos seguían clavados en el cadáver de quien, hasta entonces, había sido un mercader ambulante–. Si supieras cuánto sufrimiento cargo sobre mis hombros por esto. ¿Crees que fue mi decisión ser inmortal? Yo no lo pedí. ¿Crees que no envidio a Jiro en este momento? ¿Sabes cuánto deseo sentir cómo la vida se escapa de mi cuerpo? Pero no puedo, hombre. De verdad que no puedo.

Se inclinó sobre el cadáver y rebuscó entre las ropas de éste, para finalmente sacar algo.

–Éste es el cuchillo con el que Jiro despellejó al animal, ¿no es así? –era una pregunta retórica–. Es decir que está afilado, o por lo menos puede cortar decentemente.

Ante la atónita mirada de Tanuk, el anciano colocó el cuchillo contra su cuello, presionándolo con fuerza. Entonces, lo deslizó por su pescuezo, sin aflojar la presión que ejercía. Cuando terminó, su piel seguía estando sin un rasguño.

–¿Quieres otra prueba? Bien pudo haber pasado que este cuchillo haya perdido cuando Jiro cortó aquellas ramas.

Entonces, procedió a apuñalarse. Intentó clavar el cuchillo en su carne una, dos, tres, incontables veces, con considerable vigor. En su cuello, su pecho, su estómago, sus piernas. Sin embargo, el arma rebotó todas las veces, como si hubiera estado impactando un yunque.

–Es una maldición, Tanuk –dijo, arrojando el cuchillo al suelo–. Así como me ves ahora, no he cambiado en todo el tiempo que llevo vivo. Ni mi pelo ni mi barba crecen. No padezco hambre, sed ni sueño. Y, de ser necesario, no necesito respirar. Tampoco gano o pierdo peso. Mi cuerpo es inalterable.

Iba a darle un trago a su botella, pero antes de hacerlo, le pareció conveniente aclarar:

–Oh, lo del urg es simplemente porque me gusta esta bebida. Y cuando está mal hecho, como éste, su sabor es mucho más fuerte –levantó la botella, en una especie de brindis–. Por Jiro, y su desafortunada muerte.

Entonces se llevó la botella a los labios y bebió largos tragos.

Tanuk continuaba sin poder articular palabra alguna.

\*\*\*

Apenas amaneció, Tanuk comenzó a cavar la tumba de Jiro. Utilizó su cuchillo para quitar las matas de césped, cavando con sus manos desnudas. Su estado era deplorable, puesto que no había pegado un ojo en toda la noche.

De la fogata sólo quedaban cenizas. Del lumin que había cocinado, aún quedaba más de la mitad del animal.

Jiro había quedado petrificado en la misma posición en la que había muerto. Los dedos agarrotados formaban puños entrecerrados. Sus párpados estaban separados, mientras que su boca había quedado entreabierta.

El anciano no había dormido, sentado en el mismo lugar que ayer. Tanuk seguía sin dirigirle una palabra y él lo comprendía. Los sucesos de la noche anterior le habían causado un trauma al aventurero. *No es el primero...* pensó el anciano.

Cavar la tumba le llevó a Tanuk buena parte de la mañana. Apenas hubo terminado, se inclinó sobre Jiro y le cerró los ojos y la boca. Le juntó las manos sobre el pecho, y lo colocó con suavidad dentro del hoyo. Entonces, comenzó a cubrirlo.

—¿Qué hacemos con esto?

Tanuk levantó la vista. El anciano se hallaba de pie junto al arcón.

No le respondió, sino que continuó echando tierra sobre el cadáver de Jiro. Apenas hubo terminado, se puso de pie y masculló una plegaria, encomendándole a Dagos el alma del fallecido mercader.

Aún en silencio, el aventurero recogió parte de los restos de la cena, se echó el talego al hombro y le dirigió al anciano un corto cabeceo en señal de despedida, antes de darle la espalda e internarse en el bosque.

El anciano no dijo nada. Simplemente vio cómo Tanuk desaparecía entre los árboles. Cuando lo perdió de vista, comenzó a caminar en sentido contrario.

El arcón quedó olvidado en el medio del claro.

# Glosario

**Lumin:** animal de corral para el consumo humano. Posee una idónea cantidad de grasa intramuscular, lo que garantiza que su carne sea siempre blanda. Existen numerosas formas de criarlos, pero la mejor manera es dándoles campo para que pastoreen a sus anchas. En Fanaiba, esto suele hacerse en las afueras de la ciudad, y, debido a la proximidad con el Bosque Autréo, suele ocurrir que algún animal se interne entre los árboles, en un descuido de su cuidador, y termine perdiéndose. Aunque, debido a la ausencia de depredadores en el bosque, el lumin perdido suele ser encontrado a los pocos días.

En contraposición a su carne, su cuero es lo suficientemente duro como para poder utilizarlo en la fabricación de calzados y armaduras ligeras. Bien cocinada, la cabeza del animal suele ser considerado un manjar, y al hervir sus huesos, éstos dejan salir sus tuétanos, formando una sopa deliciosa.

**Ridagón:** bestia de carga. Utilizada para tirar carretas y llevar carga muy pesada. No es muy rápido, pero sí muy fuerte. Aunque suele desplazarse en cuatro patas, las cuatro son prensiles, por lo que puede caminar en dos para llevar algo con sus “manos”. Posee un largo pelaje albugíneo y son generalmente mansos, aunque son tan celosos de sus crías que se tienen registros de ridagones que han atacado (e incluso matado) a seres humanos y bestias feroces. Son omnívoros.

**Ragot:** similar al caballo. También es una bestia de carga. No tan fuerte como el ridagón, pero mucho más rápido.

**Urg:** bebida de fuerte sabor. Con tres pétalos de flor jumi roja por litro, es la bebida más fuerte que uno puede conseguir en una taberna. Se elabora al hacer hervir distintas frutas, junto a una pequeña cantidad de pétalos de flor jumi amarilla. Entonces, los mejores fabricantes, se toman el trabajo de fraccionar la bebida para controlar bien la cantidad de pétalos de flor jumi roja que se le coloca. Algunos lugares incluso tienen un especialista (denominado “catador”) que sabe exactamente si el urg posee demasiadas flores rojas jumi, o, por el contrario, si le faltan, aunque es una profesión de alto riesgo, ya que si una pequeña cantidad de líquido llega a deslizarse por la garganta del catador, éste puede experimentar varios síntomas, o incluso la muerte.

Los lugares donde se fabrica el urg más barato calculan todo esto a ojo, siendo un potencial peligro para la vida.

Debido a las cualidades del veneno de la flor jumi roja, era la bebida que más tiempo puede conservarse.

**Tobopa:** hierba que arde por un largo periodo de tiempo. Apenas produce humo y es totalmente inodora. De color blanco, es casi imposible de cortar con las manos, porque expide una sustancia aceitosa que dificulta su agarre. Tiene un sabor asqueroso, pero algunos exprimen sus aceites para condimentar su alimento.

**Jumi:** flor que se utiliza para elaborar distintos platillos y bebidas. Hay de dos tipos:

-**Flor jumi roja:** con ella se fabrican bebidas y también es utilizada para la elaboración de potentes venenos. Si uno llega a manipular esta flor con las manos desnudas, el veneno absorbido por la piel puede causar alucinaciones, mareos, espasmos y vómitos.

-**Flor jumi amarilla:** tiene un sabor dulce como la miel. Se utiliza en la preparación de postres y bebidas para niños. Si se le realiza un corte transversal al tallo, éste exudará una sustancia muy empalagosa. Hay quienes las recogen y las limpian para comer sus pétalos directamente.

**Dagos:** la máxima deidad, una especie de Dios. Se tienen registros de quién fue, y qué hizo para ser considerado un salvador.

# Comentario

No recuerdo en qué mes (creo que en marzo), un anónimo me recomendó “darle rienda suelta a la fantasía”, a lo que yo respondí que es un género que me cuesta a escribir.

Y no mentía. Lo más fácil para mí es “incrustar” la fantasía en un escenario cotidiano, pero me es más difícil cuando debo escribir fantasía partiendo desde cero, ya que soy completamente neófito en ese género. Sin embargo, siempre me resulta divertido intentarlo.

---

Negros, fue un placer.